

UNA TESTAMENTARÍA

Murió Don Pedro Costales,
vecino de Los Ramales,
lugar que no hace al asunto,
y hubieron de hacerse al punto
las cuentas *particionales*.

Él falleció *ab intestato*
dejando unos tres millones,
y su esposa, Inés Amato,
mandó hacer *las particiones*
á Antonio Sánchez *El Tato*.

Se reunían en sesión
los dos todas las mañanas,
y al hacer *liquidación*
trajeron á *colación...*
fragilidades humanas.

El *inventario* formaron,
que es el paso principal,
y tanto se entusiasmaron
que creo que *inventariaron*
el mismo lecho *nupcial*.

Causaron líos fatales
á las luces naturales
del que precedió á *Guerrita*,

los bienes *parafernales*
y el *dote de la viudita*.

Y se armó confusión tal
aquel trenzado doncel,
que dice quien piensa mal
que el *dote y cuota viudal*
los *usufructuaba* él.

Hicieron progresos tales
sus dotes intelectuales
que, al hacer no se *qué baja*,
vió no era costal de paja
la *viudita de Costales*.

La *partija* terminó
cuando el torero *aplicó*
á la viuda tres millones;
pero en *las declaraciones*
El Tato se declaró.

Y mientras que ser su esposa
le prometió Inés Amato,
decía el muerto en la fosa:
¡qué triste está y qué llorosa!
¡Anda y que la mate *El Tato*!

VICENTE ESCOCHADO.

ZORTZICO POR J. LARREGLA

Los toros

de Pamplona

Quirgica

(con valentía)

En la vi vil Navarra se al-zo la lince

tad y en los es-ke-ror. montes la oron

Quien no conozca la capital de Navarra debe visitarla en estos días del año, si gusta de saborear algo completamente nuevo. Los toros son conducidos por la mañana á la plaza, no llevándolos por el portal de Tejería, que tan próximo tiene, sino haciéndolos atravesar la ciudad. El toreo de embolados que sigue al encierro, ya es curioso y entretenido; pero lo que á nada se parece es la corrida. Baratas las localidades, animadísimo el espectáculo, se suspende éste, entre el tercero y cuarto toros, para que el público meriende; y no es para referida la animación ni para descrito el bullicio de aquellos veinte minutos, durante los cuales rien, alborotan, comen, beben y cantan ocho ó diez mil personas.

LARREGLA

Juventud, inspiración, talento y laboriosidad son las características del ya célebre maestro Larregla, compositor y pianista ilustre.

«Siempre pa adelante», nos dijo en su gallarda jota, y así va él; *siempre pa adelante*, sin pagarse de lisonjas, ni temer á las envidias.

Pronto, muy pronto el público de Madrid discernirá lauros para la ópera *Un drama en Roncesvalles*, que Larregla nos dará á conocer en la próxima temporada.

Esos lauros serán la mejor diadema para Navarra, que, al verse glorificada en la persona de uno de sus hijos predilectos, podrá exclamar orgullosa:

«Llegó, vió y venció...» y continuará ¡*Siempre pa adelante!*



JOAQUÍN LARREGLA

Notable pianista y compositor.

¡BUENA PUNTERÍA!

A un espeso monte
fué á cazar un día
un amigo que con la escopeta
con tal maña tira,
que es casi seguro,
si apunta á Almería
que la bala, silbando furiosa,
se vaya á Galicia.
Entre unos ramajes
al punto divisa
un conejo que estaba en la falda
de una gran colina.
Se prepara al punto;
dispara en seguida,
y la bala, rasgando los vientos,

silba que te silba,
llega á la casucha
donde el guarda habita,
y á la suegra, que estaba á la puerta,
la dejó tendida.
Y cuando, asustado
por tal fechoría,
iba el hombre saltando entre peñas,
el guarda le grita:
—¡Caballero, gracias!
¡Buena puntería!
¡Me ha matado la fiera más grande
de estas cercanías!

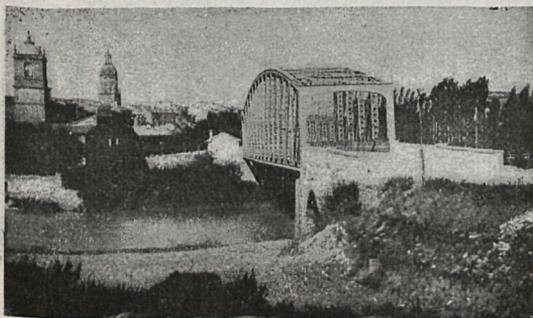
JOSÉ RODAO.

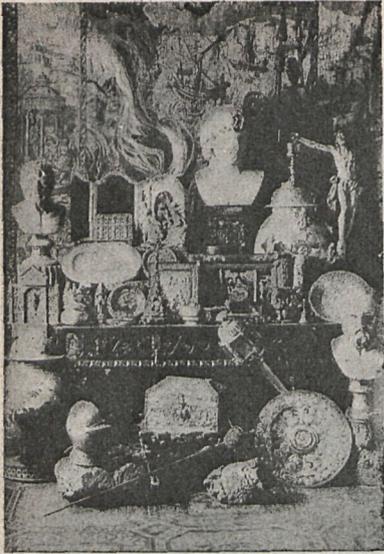
Puente la Reina

A 25 kilómetros no completos de la ciudad de Pamplona, á cuyo partido judicial pertenece, álzase á orillas del Arga la villa de Puente la Reina, que moran unos 5.000 habitantes.

En los tiempos de amarga recordación, Puente la Reina fué centro de operaciones y cuartel general; el puente sobre el río fué destruído por fuerzas carlistas.

Hoy que la paz brinda duradera cosecha de trabajos y prosperidades, cruza de una á otra margen del río un esbelto puente de hierro, por el cual pasan alegres, no los convoyes de pertrechos de guerra, sino los esbeltos automóviles, que viniendo de Pamplona continúan á Mañeru, Cirauqui y Estella.

PUENTE LA REINA
Vista tomada desde las Monjas.



Grupo de objetos de arte retrospectivo de Navarra.

POSITIVAS Y NEGATIVAS

Así es nuestra vida...—Pueblos inundados.—Un verdadero "sobresaliente"...—Por una mujer, un trono.—De Zululandia á Sevilla.—¡Tierra... siempre tierra!—Mariposas negras, mariposas blancas.

Y dijo el poeta:

«Así es nuestra vida:
sonrisas y lágrimas,
alegría y luto,
duelos y esperanzas,
¡mariposas negras!,
¡mariposas blancas!»

Y el poeta tenía razón.

De la sonrisa que pinta al roce de sus alas la blanca mariposa de la dicha, y de la candente lágrima que la negra mariposa del infortunio arranca á los párpados enrojecidos, brota la planta exótica de la vida, planta que florece con los amores y se mustia con las adversidades, florecita del alma que es antes pasionaria que azucena.

Los nubarrones de la desdicha descargando sobre Almería, Murcia y Granada, han llenado de aguas torrenciales muchos pueblos y de amargo llanto muchas pupilas.

Hogares por tierra, cosechas perdidas, huertos frondosos trocados en eriales, familias deshechas, la miseria señoreando en lo que fué reino de la abundancia... Ese es el cuadro que á nuestra conturbada vista ofrecen los desventurados pueblos.

¡Ay de ellos! ¡ay de nosotros! si desgarrando la cerrazón de las nubes amontonadas por la catástrofe, no refulgiese como iris bendito el sol de los buenos: el astro de la cristiana caridad.

A estas fechas habrá pocos españoles que lo ignoren. Pero aun cuando todos los supieran, holgárame mucho en decirlo. El fin del actual curso académico se ha señalado en la Universidad Central por un examen merecedor de formar al lado de los exámenes más famosos.

Un joven, alumno no oficial, pasó á ser examinado en la asignatura de Derecho internacional privado.

Desde el primer instante, catedráticos y alumnos quedaron altamente sorprendidos ante la gran cultura y extraordinario entendimiento del examinando. La sorpresa se trocó en asombro, el asombro se tradujo en admiración y la admiración se expresó en aplausos entusiastas.

Profesores y estudiantes sentíanse orgullosos del discípulo y del compañero.

Cuando el examen terminó, al estampar el *sobresaliente* como nota del acto, corrió de boca en boca el nombre del inteligentísimo alumno: Gabriel Maura y Gamazo.

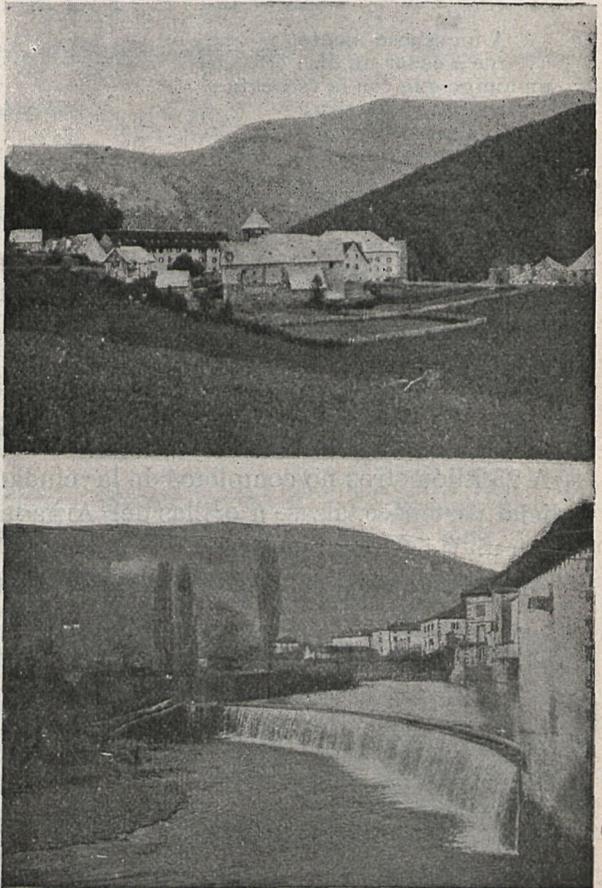
—¿Maura y Gamazo?—exclamaron unos—¡nobleza obliga!

—¿Maura y Gamazo?—repetieron todos—de tal palo, tal astilla.

*
* *

De Austria-Hungría refieren el rasgo caballeresco del archiduque que, por casarse con la mujer amada, hace voluntaria renuncia de sus derechos al imperio de Austria y al reino de los húngaros. Dar por una mujer un trono, es un arranque digno de andante caballero que no ambiciona solio mejor que el corazón de la mujer amada.

De Sevilla cuentan el brutal tropello realizado por un *señorito*, que



1.ª Roncesvalles.—2.ª Elizondo.—La Presa.

después de ultrajar con sus labios el rostro de una recatada joven, la emprende á palos con la ultrajada por el hecho de no aceptar ésta el ultraje que la infirió.

Si no fuera por el temor de ofender á los habitantes de Zululandia, diría que en la tierra andaluza hay un zulú suelto. Pero no sé yo si los salvajes son tan bárbaros como ese... *señorito*.

De Francia y Marruecos llegan noticias que parecen alborozar á los españoles. El tratado con Francia fijando los límites de las colonias españolas de la costa Occidental de Africa, y el anuncio de que el Sultán se muestra propicio á que se cumpla el tratado de Vad Rás, cediéndonos la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, han llenado de alegría á muchos que sólo estiman la grandeza de la patria por la extensión de sus territorios.

¡Tierra! ¡Siempre tierra! Al escuchar este grito y al mirar á la patria exangüe, no sé por qué se me antoja oír el fúnebre tamboreo de la tierra... De la tierra cayendo sobre un ataúd.

* * *

Pamplona, relicario bendito de la fe de nuestros mayores, compendio de artísticas glorias, saluda á su patrono San Fermin con los maravillosos trinos que se desbordan del mágico violín de Sarasate, con los viriles cantos del cien veces laureado Orfeón pamplonés, con las inspiraciones musicales de Zabalza, de Larregla y de Brull, y con las cinceladas estrofas y correctos párrafos de poetas y escritores meritisimos.

Pamplona, sepulcro de guerreros, de artistas y de sabios, cuna de los fueros, tesoro de monumentales bellezas, es página hermosa de la España de ayer.

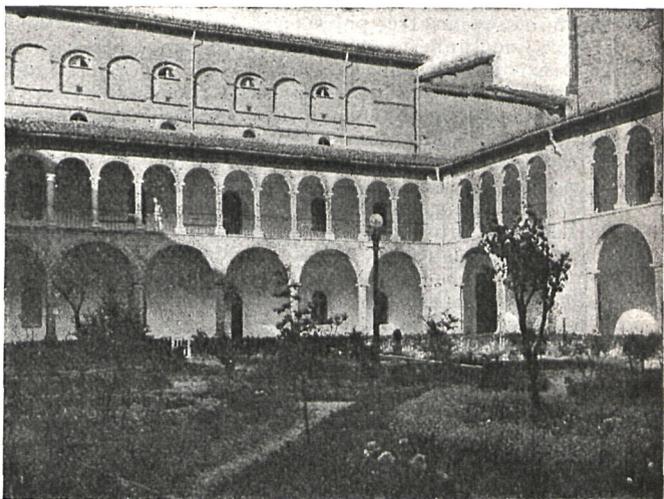
Pamplona, con sus fábricas y sus industrias, con su Administración limpia y honrada, con sus modernos edificios y con sus esplendorosos festejos, es símbolo de la España nueva, que se dispone al trabajo con la alegría en el corazón y la copla en los labios.

Mientras en Levante y en el Mediodía hay pueblos afligidos, en el Norte hay pueblos risueños.

Que por algo dijo el poeta:

«Así es nuestra vida:
sonrisas y lágrimas,
alegría y luto,
duelos y esperanzas,
¡mariposas negras!,
¡mariposas blancas!»

M. R. BLANCO-BELMONTE.



Jardín y galería del hospital militar de Pamplona.



SR. D. JULIO ALTADILL
Comisario de guerra y notable escritor y
amateur fotógrafo, autor de la mayoría
de las instantáneas de este número.

Cosas de antaño

Entre las particularidades que más cumplidamente nos retratan el carácter personal del Rey D. Carlos III *el Noble* de Navarra, merecen especial estudio las que se refieren á las interioridades de su casa, y al modo de ser en el trato íntimo con su familia. En los libros de *comptos*, que poseemos, relativos al gasto ordinario de su vida privada, aparecen datos tan curiosos é interesantes, que reflejan con toda exactitud cómo era aquél monarca modelo, á quien todos los reyes de su época profesaban singular admiración, y á quien el pueblo navarro, nunca ingrato á sus beneficios, miraba como al mejor de los padres. Gustaba rodearse de las personas principales de su reino, á quienes convidaba á su mesa y obsequiaba con amenísimas veladas, aprovechando el paso de los *yuglares*, músicos y poetas ambulantes, á quienes protegía con mano generosa; y en medio de aquellas fiestas de familia, que revestían mayor esplendor en las vigilias y festividades principales de la Iglesia, los libros de los *comptos* reales mencionan una circunstancia que por sí sola basta para hacer simpático el carácter del Rey *Noble*. Codeándose con los Reyes y las Infantas, las damas de honor y los caballeros, infanzones y mesnaderos, prelados y aba-

des, alcaldes de Corte y miembros del Real Consejo, aparecían ordinariamente varios pobres vergonzantes, que aquél cristianísimo príncipe no sabía sentarse á la mesa sin tener cuando menos tres pobres á su lado.

El día 23 de Junio de 1411, víspera de San Juan Bautista, se hallaba el Rey D. Carlos en Pamplona, y deseando empezar la celebración de la fiesta del santo Precursor, á quien tenía suma devoción (como que en su real oratorio figuraba en lugar preferente una gran imagen de plata del mismo mártir), convidó á la Reina, las Infantas D.^a Juana y D.^a Isabel, el protonotario D. Lanceloto de Navarra, administrador de la iglesia de Pamplona, muchos caballeros, las gentes de Estado Mayor, los alcaldes, jurados y hombres buenos de la Ciudad, y *tres pobres*, para la colación con que deseaba obsequiarles. El tesorero, García López de Roncesvalles, hizo provisión, entre otras cosas, de tres *garapitos* de vino bermejo y medio *garapito* de vino blanco, que compró á Juan de Vidaurreta; 26 sueldos de truchas, un barbo y varios barbillones, una merluza, un congrio, ocho dineros de arbejas verdes, 12 de cebollas y espinayas, 48 huevos, 12 dineros de leche, 12 tartas, medio salmón, que pesó cuatro libras y un tercio, y costó 11 sueldos y dos dineros; cinco libras y media de queso, media de azafrán, una de canela, otra de jengibre, otra de grana, otro de girofle, seis libras y ocho onzas de *zucere*, etc., etc., con lo cual se preparó la *gran comida*, hoy inverosímil para una mesa real con tantos convidados, teniendo para postres, además de los dulces mencionados, dos sueldos de cerezas, y otros dos y 20 dineros de guindas

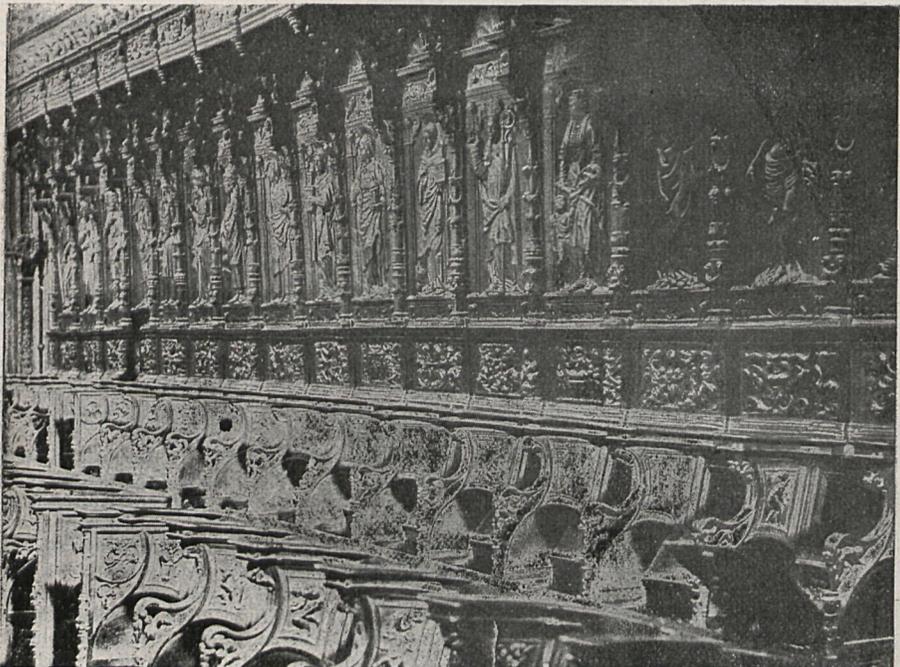
Pero la fiesta principal se celebró en la noche de aquel día. Se adornó convenientemente la Real Capilla, en la cual, además de la iluminación ordinaria, se pusieron dos torchas de cuatro libras en honor de San Juan Bautista, ante cuya imagen hicieron

oración los convidados. Después tuvo lugar la colación, asistiendo las gentes de Estado Mayor, con todos los antes mencionados. Guillén Andreu de Moreilla, *apotecario* de Pamplona, preparó seis libras de aliandre y otras confituras, que costaron siete libras y cuatro sueldos; y además, el Rey mandó que se hicieran cuatro libras de anís confitado, que costaron 80 sueldos.

Y para completar la fiesta, el Rey repartió dineros a todos los convidados, en proporción á su categoría, para que jugasen á los dados, mientras la Reina, las Infantas y sus dueñas formaban la velada, amenizada por dos Yuglares de cuerda del Infante de Castilla, y de Johanin de Sigües, yuglar ambulante, que por aquellos días andaban por Navarra. Las propinas dadas por el Rey á los asistentes importaron 47 libras, 14 sueldos y 6 dineros; y el gasto total de la Casa Real en aquel día ascendió á 80 libras, 16 sueldos y 6 dineros.

Tales eran los lujos que se permitían nuestros Reyes en la época de su mayor prosperidad, y tales diversiones proporcionaban á los grandes de su reino. Si aquellos magníficos monarcas, bizarros caballeros, infanzones y señores de castillos, alcaldes de Corte y oidores de *comptos* levantarán sus cabezas y vieran el cambio obrado en Navarra, no sólo en su parte civil y política, sino en la moral y económica en el transcurso de cuatro siglos, de seguro se volverían llenos de confusión á sus tumbas, murmurando: *Hæreditas nostra versa est ad alienos: domus nostræ ad extraneos*. Y al recordar la importancia de la hermosa Pamplona adornada con los atavíos de cabeza de Reino, distinguida con la presencia de una Corte poderosa y gobernada al estio patriarcal, y verla reducida á la condición de un pueblo, no podrían menos de lamentarse con el Profeta: *¿Hæccine est urbs perfecti decoris, gaudium universæ terre?*

M. A y L.



SILLERÍA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE PAMPLONA

Sepulcro de Gayarre

Los que viven en Madrid han tenido lugar de admirar la concepción prodigiosa del monumento sepulcral del admirable tenor roncalés, destinado á guardar sus restos queridos en el valle donde vió la luz del sol.

Es una de las más geniales obras de Mariano Benlliure, *Miguel Angel* de nuestros días, á quien, si le falta para serlo la calidad de arquitecto (porque no se lo propuso todavía), le adorna en cambio la de pintor de género, que el coloso de la Capilla Sixtina no pudo tener porque no era de sus tiempos.

Parece que la Providencia se complace en hermanar los genios para en-



garzar los triunfos de unos con los de los otros. Cuando murió Larra se reveló Zorrilla. Para un artista como Gayarre era necesario un escultor como Benlliure. Lo sensible es que joya tan excelente quede escondida en los repliegues de la montaña, aun después de haber sido admirada en varias Exposiciones.

Cuando el tiempo transcurra y los viajeros se acerquen al Roncal á visitar el sepulcro del insigne navarro, podrán apreciar con justicia sus méritos por la obra del insigne valenciano.

EL OJO DEL DOCTOR FAUST

(Historia extraordinaria inspirada por EL CORAZÓN REVELADOR, de E. Poe.)

Preparaba la segunda edición de mi libro *El criminal-loco y el loco-criminal*, y andaba á caza de nuevos ejemplos para enriquecer el texto.

El médico director del Manicomio vasconavarro, dejándome á la puerta del pabellón núm. 1, me dijo:

—Entre usted sin temor. Tome asiento, y póngase á hojear un libro. Alberto entrará al poco rato, y como cada tres ó cuatro meses experimenta la necesidad de contarle á alguien la que él cree historia verídica de su vida—y lo es en gran parte,—le tomará á usted por confidente.

Momentos después me encontraba en el saloncito del pabellón.

Alberto abrió de golpe la puerta. Estaba sumamente agitado.

Se aproximó á mí, me tendió la mano y mó asiento en la silla inmediata.

—¡Cuánto se lo agradezco! Le esperaba. Tengo quien me oiga y se haga cargo de mis palabras y las repita sin alterarlas. Me consta que intentan alterar mi relato.

Alberto se tranquilizó paulatinamente. Habiéndose cerciorado de que yo estaba dispuesto á escucharle y á repetir sus palabras escrupulosamente, comenzó á hablar:

«En mi vida he sido feliz. No mendigo la compasiva simpatía de nadie. Vivimos en pleno positivismo, y yo, siguiendo la corriente, consigno un hecho, y nada más. La época actual propende á repetir de continuo el sarcasmo de Hamlet: «Palabras, palabras y palabras». No quiero que mis desdichas merezcan esa censura. Mi narración estará repleta de hechos, hechos y más hechos. Si son extraordinarios ó inverosímiles, no se me culpe. ¿Qué más puedo hacer sino decir que realmente me han sucedido?»

»Mis padres nunca me demostraron cari-

ño. Antes de que tuviese uso de razón me encerraron en un colegio, donde permanecí bastantes años. Mi adolescencia fué triste. Mi afición al estudio era nula; mi entusiasmo por los libros de pura imaginación, inmenso. Mi sistema nervioso poseía la extraordinaria impresionabilidad del de los anémicos. A los libros de mi gusto sólo les pedía las extravagancias de la acción.

»Mis amigos me reputaban por loco; ¡no hay como los amigos para pensar bien de los amigos! (Alberto sonrió irónicamente.) Confieso que no les faltaba pretexto. A veces se me veía alegre, y á los cinco minutos sombrío. *La locura es la originalidad. El rebaño se compone de carneros cuerdos.* Yo era versomaniaco; quiero decir, que en todas partes donde se podían trazar líneas, figuraban los hijos de mi numen. Entre los estudiantes pasaba por un Espronceda; yo me lo creía. Cierta tarde el profesor de Retórica me interceptó unas cuartillas, y declaró que su contenido era la obra de una tontez pretenciosa. Análogas censuras solía fulminar contra Byron, Hugo, Shakespeare, etc., etc. Soy un gran poeta, deduje, y me incluí en la pléyade romántica. Mi padre murió, dejándome dueño de una gran fortuna. Me entregué de lleno á la literatura y á los placeres. El dinero todo lo consigo, y me rodeó una turba desvergonzada de parásitos que aplaudían y elogiaban mis composiciones. De esta suerte se hipertrofiaba mi imaginación.»

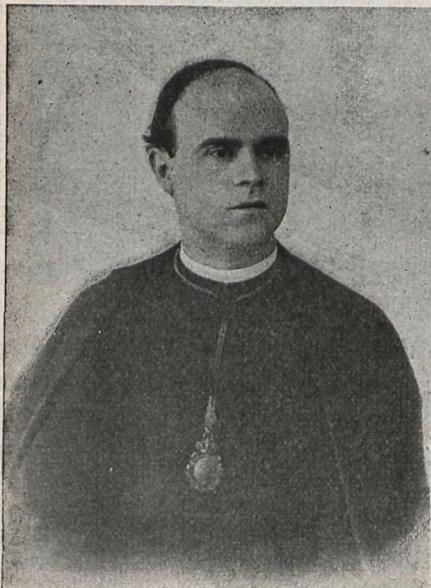
Alberto se detuvo para limpiarse el sudor. Bebió un vaso de agua y reanudó el relato:

«¿Ha leído usted el poema de *Fausto*—me preguntó L***,—no el escrito por Goethe, sino el que compuso su portero?—Es la primera noticia que llega á mis oídos—repliqué cándidamente.—Es muy curioso; yo recomiendo su lectura á todos los que quieren y no pueden.»

Esta frase, celebrada por los circunstancias, me hirió como un puñal.

«Desde aquel día mi imaginación corrió desatada por otros campos. Pensé que para llegar á genio era preciso amar, y me lancé en busca de una nueva Beatriz para un nuevo Dante. Forjéme cierto ideal femenino, y lo supuse encarnado en la primera mujer con quien sostuve relaciones. Mi amor, como todos mis afectos, fué paroxístico. Cansada de mi poesía, dejéme ella por otro, y cuando la realidad puso delante de mis ojos, tal cual era, al ángel de mis ensueños, en vez de reírme de aquella novela, me dió por llorar la horrenda desgracia de que era yo el único autor. Así perdí por completo el equilibrio de mi ser. Presa del humor negro, dejé el trato de gentes y frecuenté los lugares solitarios y téticos, y deseaba que un vampiro me chupase la sangre y me paseara por los aires, como al protagonista de las *Apariciones* de Tourgueneff.

»Entonces me aficioné á una cosa terrible: ¡al alcohol! Yo le llamaba *néctar de las alucinaciones*. Mis nervios adquirieron una irritabilidad extraordinaria; algunos de mis sentidos (el tacto y el gusto) se apagaron completamente; otros (el oído y la visión), se desarrollaron de un modo inusitado, *se volvieron super-humanos*. La intensidad de estas



SR. D. MARIANO DE ARIGITA
Archivero de la Diputación Foral y Provincial
de Navarra.

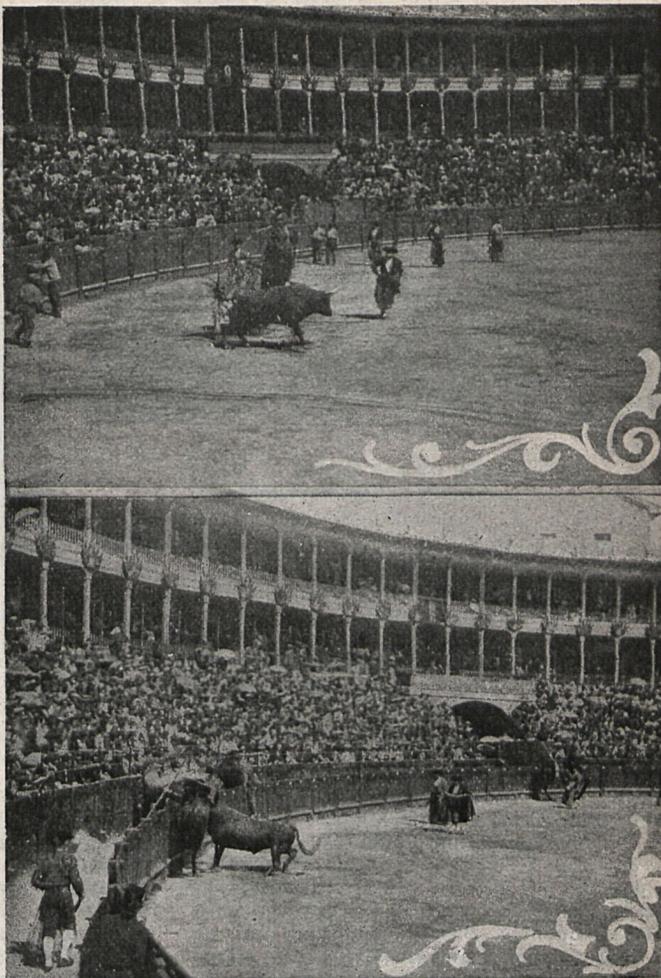
sensaciones comunicadas por estos dos conductos era tan inmensa, que sólo puedo pintarla aproximadamente. Parecía que el receptáculo de tales sensaciones se había descortezado de la epidermis, y que dichas sensaciones se clavaban en lo vivo. Ciertos colores (el rojo) y ciertos sonidos (los metálicos), me producían accesos de furor inaudito. Mi objetivación se desarrolló al extremo de que, á veces, veía fuera de mí muchas de mis sensaciones.

»Tan graves síntomas aumentaban, augurando la rápida terminación de mi existencia. *Mi salud la había quemado el alcohol.* Mi cerebro era una esponja impregnada de espíritu. Una mano amiga, después de largas luchas, logró apartarme de la bebida.

»Una noche en el teatro ví á un hombre que, á primera vista, me fué antipático. Era pequeño, moreno, tuerto; el ojo único pardo y demasiado grande, cejas pobladas, barba puntiaguda; nariz afilada y aguileña, labios descoloridos, dientes enormes, cabellos abundantes color de ébano. Vestía de negro. Durante la representación no pude apartar de él los ojos. Hablaba mucho con sus vecinos y gesticulaba exageradamente. Al salir se tapó la boca con una bufanda roja. Desde entonces me encontré con él en todas partes; llegué á hablarle muchas veces. Se llamaba *Faust*. Todos ignoraban su nacionalidad. Por el nombre y acento parecía germano; por el tipo, judío. Su voz era desabrida; su ingenio, penetrante. Siempre que hablé con él opinó en contra. Sostenía sus opiniones con abundantes razonamientos, salpicados de amargas frases.

»Una noche, en el Casino, sostuvimos una violenta disputa. *Faust* me mortificó con saña implacable. Tan ciertas fueron muchas de sus insufriles insinuaciones, que llegué á sospechar conocía mi vida íntima. En la cama no logré conciliar el sueño. Durante mi desasosegada vigilia nació en mi mente una idea, que calificué de extravagante al principio, y luego de verdad inconcusa: *Faust* era mis antipatías condensadas en hombre.

»En aquella época murió mi amigo. Mi carácter se tiñó de nueva taciturnidad. Dejé la ciudad y me retiré á una casita de los alrededores, fronteriza á un cementerio. La casa era de un solo piso, con dos habitaciones. Me previnieron que la de la izquierda estaba alquilada, lo cual me contrarió. Gustosamente hubiese arrendado ambas; pero como me afirmaron que el vecino pasaba muchas temporadas fuera, me resolví á tomar la habitación de la derecha. Mi nueva vivienda estaba rodeada de jardín, donde, por la absoluta falta de cuidado, crecían toda clase de abrojos y malas yerbas. En la



1.^a Buena caída y buen quite.—2.^a Una vara de salida, el picador al callejón y el jaco hecho polvo.

región del Norte había un bosquecillo bastante espeso, cuyo centro ocupó una fuente de mármol con estanque, de la que se veían algunos blancos restos esparcidos por la yerba.

»Sentado en toco banco y contemplando las plateadas manchas del agua entre los juncos, pasaba la mayor parte del día. Por la noche fumaba opio, y mi cerebro era teatro de espeluznantes alucinaciones.

»Una tarde del mes de Diciembre estaba sentado, como de costumbre, á orillas de la charca leyendo *El demonio de la perversidad*, de Poë, cuando á mis oídos llegó un cántico lúgubre en idioma extranjero, canturriado por voz dolorida y áspera, seguido de una carcajada estridente. Reconocí el timbre de aquella voz maldita; jera la de *Faust!* Enfurecido me levanté de mi asiento... no encontré á nadie, pero percibí el crujido de ramas secas holladas. Al retirarme á casa, de noche, tropecé en la puerta con un hombre que llevaba una bufanda roja. Era él. Yo acostumbraba almorzar y comer en el restaurant más cercano. Aquella noche *Faust* ocupaba el otro extremo de la mesa. Me retiré á la habitación; preparé el opio y fumé. Por casualidad me asaltaron ideas halagüeñas.

